

El pensamiento económico de Eduardo F. Jorge

Aportes al análisis de la industria, el agro y el capital extranjero en la Argentina



*Ernesto Mattos**

Resumen

En este trabajo se persigue reconstruir el pensamiento económico de Eduardo F. Jorge: aportes al análisis de la industria, el agro y el capital extranjero en la Argentina. Para ello se consideran los siguientes tópicos de análisis: el David Ricardo del Río de la Plata: industria y producción, breves antecedentes en reconstrucción, los debates emergentes como el sujeto histórico y reflexiones finales.

Palabras clave

industria - agro - capital extranjero

* Economista (UBA). Director del Instituto para el Desarrollo Productivo y la Innovación de la Universidad Nacional de José C. Paz. Investigador del Programa de Investigación sobre Comercio de Granos (PRO. IN. GRA.) de la Facultad de Ciencias Económicas UBA y del Departamento de Economía Política del Centro Cultural de la Cooperación. Docente de Economía (UNPAZ), Estructuralismo Latinoamericano (UNDAV) y Macroeconomía y Política Económica (UNAJ). Integrante de la Cátedra Nacional de Economía Arturo Jauretche.

El David Ricardo del Rio de la Plata: industria y producción

La reconstrucción del pensamiento de un autor es algo complejo, por ello hemos de utilizar un texto de Eduardo F. Jorge titulado *Industria y concentración económica* junto a algunos artículos de su etapa en la revista *Cristianismo y Revolución*.

El objetivo es analizar, a partir de algunos conceptos de la economía política planteados por David Ricardo, cómo se desarrolló y se desarticula Eduardo Jorge a lo largo de los periodos denominados por Horacio Tarcus: “La generación del antifascismo y de la formación del troskismo: 1931-1945”, “La generación del peronismo: 1946-1960”, y “La generación de “la nueva izquierda”, que activa entre los años 1961-1976”. Estos tres periodos son ricos en debates sobre la estructura productiva, la industria, el agro, la producción y distribución y el sujeto histórico de cambio en una economía periférica como la Argentina de principios de siglo y finales del XX.

Por ello, fue posible reconstruir estas ideas parcialmente porque solo se puede acceder a sus publicaciones o a testigos cercanos a su tiempo, pero permitieron conocer los debates históricos y de actualidad que urgen para estos tiempos en el siglo XXI y que son tareas pendientes para pensarlas en otro contexto tecnológico y de innovación diferente al del siglo XX. Por ende, autores como Eduardo Jorge (1936-1978) son parte de una tradición de pensamiento económico en la cuenca del Plata, como Vivian Trías o Raúl Sendic, este último con su aporte sobre *Reflexiones de política económica*. No podemos dejar de nombrar a otros como Prebisch, Diamand, Dorfman, Ferrer o Julio H. Olivera.

La tradición de la economía política, en la periferia, requiere de un análisis estructural y un análisis del mundo en el que está inserta. Podríamos decir que Eduardo Jorge es nuestro David Ricardo, pero cierta coincidencia no es solo un hecho aislado, veremos que detrás de Eduardo Jorge y la ironía con el británico se esconde un tal Gerardo Duejo.¹

Comencemos por las similitudes planteadas con David Ricardo. Más allá de su rol como intelectual de la clase industrial manufacturera que cumplió un despliegue en el área política, para el economista inglés, tal como lo expresa en su obra de 1817, *Principios de economía política y tributación*, es fundamental partir del capital, trabajo y tierra:

pero en distintas formas de sociedad, las proporciones del producto total de la tierra que serán imputadas a cada de una de las tres clases, bajo los nombres de rentas, utilidad y salarios, serán esencialmente diferentes, dependiendo principalmente de la fertilidad real del suelo, de la acumulación de capital y de población, y de la habilidad, del ingenio y de los instrumentos utilizados en la agricultura. La determinación de las leyes que rigen esta distribución es el problema de la Economía Política (Ricardo, 1959).

¹ Será abordado en la segunda etapa de esta investigación.

Como primera conclusión, hay tres clases sociales que se derivan de la renta, utilidad y salario; la triada pasa a ser comprendida en el proceso productivo: acumulación de capital (capital), fertilidad del suelo (tierra) y población (trabajo). Esta triada son los factores productivos. Partiendo de esta aclaración, pone como objeto de estudio las leyes de la economía política, a diferencia de la escuela neoclásica que pone el acento en la elección, la utilidad, los gustos o preferencias.

En tanto objeto de estudio, David Ricardo (1959) amplía en las primeras hojas del capítulo I “Sobre el Valor”, donde detalla que la palabra *valor* tiene dos significados diferentes: valor de uso y valor de cambio.

Con ello avanzó en desarrollar la idea de que esta relación entre lo que tiene valor de uso tal vez tenga escaso valor de cambio y viceversa, para analizar que la “utilidad”

no es la medida del valor en cambio, aunque es absolutamente esencial para éste. Si un bien fuera, de ningún modo útil –en otras palabras, si no puede contribuir de ninguna manera a nuestras satisfacciones-, no tendría ningún valor de cambio, por escaso que pudiera ser, o sea cual fuere la cantidad de trabajo necesaria para obtenerlo.

Por poseer utilidad, los bienes obtienen su valor de cambio de dos fuentes: de su escasez y de la cantidad de trabajo requerida para obtenerlos.

Existen ciertos bienes cuyo valor está determinado tan sólo por su escasez. Ningún trabajo puede aumentar la cantidad de dichos bienes y, por tanto, su valor no puede ser reducido por una mayor oferta de los mismos. Ciertas estatuas y cuadros raros, libros y monedas escasos, vinos de calidad peculiar, que sólo puede elaborarse con uvas cosechadas en determinado suelo, del cual existe una cantidad muy limitada, todos ellos pertenecen a este grupo. Su valor es totalmente independiente de la cantidad de trabajo originariamente necesaria para producirlos, y varía con la diversa riqueza y las distintas inclinaciones de quienes desean poseerlos.

Sin embargo, estos bienes constituyen tan sólo una pequeña parte de todo el conjunto de bienes que diariamente se intercambian en el mercado. La mayoría de los bienes que son objetos de deseo se procuran mediante el trabajo, y pueden ser multiplicados, no solamente en una nación, sino en muchas, casi sin ningún límite determinable, si estamos dispuestos a dedicar el trabajo necesario para obtenerlos.

Por tanto, al hablar de los bienes, de su valor de cambio y de las leyes que rigen sus precios relativos, siempre hacemos alusión a aquellos bienes que pueden producirse en mayor cantidad, mediante el ejercicio de la actividad humana, y cuya producción opera la competencia sin restricción alguna (Ricardo, 1959).

Por lo tanto, *el objeto de la economía política* es estudiar las leyes que rigen la producción y la distribución entre tierra, capital y trabajo. El resultado no resuelve la cuestión, sino que la complejiza, porque el resultado de la combinación de esas variables es un producto, una mercancía o un bien que tiene valor, este valor tiene dos significados: valor de uso y de cambio. *La utilidad es esencial para el valor de cambio*, y para poseer dicha utilidad, se aclara que se la obtienen de dos fuentes: *la escasez y la cantidad*

de trabajo requerida para obtenerlos. La última fuente es la fuente principal que determina la utilidad para el valor de cambio.

Estas primeras aclaraciones las realizamos ante una confusión resuelta por Ricardo en 1816 y que distintos autores en la academia siguen presentando como verdades inmutables siendo acríticos con la teoría neoclásica, concluyendo y compartiendo que el objeto de estudio de la economía política es la producción y distribución de las mercancías a las cuales se les aplica el ejercicio de la actividad humana en un proceso económico y social en el ámbito de la producción y que luego continúa en su segunda etapa de distribución. Esto se asienta en la combinación de los factores productivos, sus retribuciones y las clases sociales que realizan intercambios en forma de don o no don (Mauss, 2009). Un proceso que es abordado desde la fertilidad del suelo, la acumulación de capital y la población, que es el trabajo transformador (Cantillon, 1950) de riqueza que se distribuye pero que encierra en su propio intercambio formas del don y no don que tensionan las relaciones sociales en una comunidad, no es objeto de este trabajo, pero que señala si el individualismo –teoría neoclásica– como la única solución en una sociedad mercantil o si el don que lo precede y a su vez lo tensiona y cuestiona.²

Por esta razón y siguiendo el razonamiento de David Ricardo es que pondremos el ojo en la producción de bienes de la estructura productiva argentina. El sector agropecuario,³ históricamente, en particular la zona pampeana⁴ de la Argentina, ha tenido determinadas ventajas naturales –con respecto a otras zonas geográficas– para los productos agroalimentarios. Una ventaja es el *bajo costo unitario* (Plasencia, 1985) para producir las mercancías de su sector.

Otra ventaja es que su producto cumple una doble característica en la economía: como *bien salario* y como *mercancía de exportación*. Entonces, si el resultado de la producción agropecuaria adopta el carácter de bien salario, tenemos que ver qué productos prevalecen en su producción dada la superficie sembrada. Y qué productos componen las exportaciones. En ese camino de la producción a la comercialización –que engloba a la actividad económica– tenemos que observar el rol de los agentes económicos que comercializan los mejores productos para la exportación.

Acá es donde entra el aporte del pensamiento de Eduardo Jorge que planteó una tensión en la concepción de lo “industrial”, a veces tratado como algo “homogéneo” en el análisis general, pero que no es

2 Insistimos no es parte de este trabajo profundizar las formas y función del intercambio, pero son relevantes en la economía política y principalmente en la periferia. Como se pregunta Álvaro Linera (2010) “¿Qué es lo que hace que los propietarios de mercancías que intercambian sus trabajos equiparándolos como trabajo humano y midiéndolos por el gasto de la fuerza humana, estas relaciones entre ellos se les presenten como ‘propiedades sociales naturales’, como determinaciones objetivas de los productos mismos del trabajo?”.

3 Según la autora, Plasencia María Adela, lo “agrario” se refiere a todos los aspectos vinculados al ámbito rural en el que se desarrolla la producción agropecuaria, incluso los socioculturales. Lo “agropecuario” se refiere exclusivamente a los aspectos económicos-productivos. En este punto, cuando hablemos de la “hegemonía agraria”, nos estaremos refiriendo a esta distinción de la autora.

4 Se tomará como zona relevante la Región Pampeana por el peso que ocupan los productos que se producen en esta zona en las exportaciones; esta interacción económica provee las divisas necesarias para poder lograr otros productos. Las provincias que componen la Región Pampeana son Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos. Es básicamente la pradera templada dedicada a la producción de granos (cereales y oleaginosas), bovinos (carne y leche).

tan así; por ello la noción de *industrias naturales y ficticias* son un paso necesario para el análisis de la estructura productiva argentina y la complejidad de sus desafíos en el mundo actual.

Breves antecedentes en reconstrucción

Un libro que nos permite comenzar esta reconstrucción de los aportes al pensamiento económico nacional se titula *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda”*, dirigido por Horacio Tarcus (2007) en el cual encontramos una periodización que nos contextualiza las influencias y debates:

- a. La generación de los precursores que activan entre 1871 y 1885;
- b. La generación de los anarquistas y socialistas del periodo fundacional: 1886-1900;
- c. La segunda generación de anarquistas y socialistas: 1901-1916;
- d. La generación de la Reforma Universitaria y la formación del comunismo: 1917-1930;
- e. La generación del antifascismo y de la formación del trotskismo: 1931-1945;
- f. La generación del peronismo: 1946-1960;
- g. La generación de “la nueva izquierda”, que activa entre los años 1961-1976.

Entre estos periodos podemos apreciar la influencia a lo largo de su trayectoria como economista y sociólogo y nos da una aproximación del ambiente político que transcurría entre 1931 y 1976.

El diccionario de las izquierdas nos aporta sobre Eduardo Jorge, que usaba de seudónimo un anagrama: “Gerardo Duejo”, nació en Buenos Aires el 13 de enero de 1936 y falleció en el Totoral, provincia de Córdoba, el 31 de julio de 1978. Hijo de Sara Maglione, impulsora de Editorial Lautaro, y de Faustino Jorge, ambos activos intelectuales comunistas.

En su juventud Eduardo colaboraba con su madre en la empresa editorial y regenteaba la distribuidora Codilibro. Militante juvenil comunista, se aleja igual que sus padres del PC en la década de los sesenta, simpatizando con el maoísmo y el peronismo. Estudia Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, dicta luego clases de Historia Económica Argentina y Americana en la Facultad de Ciencias Económicas (UBA). A fines de los años sesenta es uno de los profesores que impulsan la experiencia de las “cátedras nacionales”. Su pensamiento económico se inscribe en a la línea que representan autores como Rodolfo Puiggrós y Juan Carlos Estaban (autor de *Imperialismo y desarrollo económico*, 1961). En 1970-1971 colabora bajo el seudónimo Gerardo Duejo en la revista *Cristianismo y Revolución*, que dirige Juan García Elorrio, con una serie de artículos –que aquí desarrollamos– sobre clases sociales y estructura económica argentina, luego reunidos en el volumen *El capital monopolista y las contradicciones secundarias en la sociedad argentina* (1973), muy influyente entonces en la izquierda peronista. Allí polemiza con las tesis del trotskista Milcíades Peña, que cuestiona las ilusiones nacionalis-

tas y peronistas en la “burguesía nacional” argentina así como las tesis del sociólogo peronista Roberto Carri, quien sostiene que en la Argentina de comienzos de la década de 1970 el lugar de la “burguesía nacional”, que había formado parte del frente nacional peronista, es ocupado por una “oligarquía gerencial, representante de los conglomerados y de los intereses del centro imperialista” (Tarcus, 2007).

Los aportes sobre el pensamiento económico de Jorge que realiza el Diccionario fue que el autor sigue el esquema maoísta de “contradicción principal y contradicciones secundarias”; que, si bien en el camino de la “emancipación nacional y social” que ha emprendido el pueblo argentino la “contradicción principal” se juega entre pueblo e imperialismo, deben considerarse también las “contradicciones secundarias” que enfrentan a la pequeñoburguesía y a la “burguesía nacional” con el “capital monopolista nacional e internacional” (Tarcus, 2007).

En su etapa profesional durante el gobierno del radical Illia, el ministro de Economía Eugenio A. Blanco le encomienda una misión económica en el África, vinculado a figuras del empresariado nacional como Julio Broner y José Ber Gelbard, donde se desempeña en un puesto gerencial en Wobron, una empresa de Broner, y colabora en la primera mitad de la década de 1970 con la Confederación General Económica (CGE). A mediados de esa década, gerencia un proyecto ganadero en el norte de Córdoba, estancia La Dolly, propiedad de Broner. Muere en El Totoral, Córdoba, producto de un accidente mientras pialaba animales de explotación. Estuvo casado con Marta Dujovne y tuvo un hijo llamado Faustino; años después se casa con Marta Gil Solá, con quien tiene otro hijo llamado Estanislao (Tarcus, 2007).

Uno de los libros que escribió como Eduardo F. Jorge se llama *Industria y concentración económica* y en la introducción el economista Jorge Gaggero⁵ describe que Jorge aborda la idea de que no existe un partido industrialista hasta el peronismo, pero que hasta entonces estaba el industrial típico, generalmente extranjero, con “su dificultad para asumir la cuestión nacional y sentir el país como propio” y la elite conservadora, “cuyo sentido de la propiedad de la tierra y la vinculación de sus apellidos con la formación de la nación determinó una disposición natural a confundir sus intereses con los del país”. Con Pinedo (1940) “La vida económica del país –dijo– gira alrededor de una gran rueda maestra que es el comercio exterior. Nosotros no estamos en condiciones de reemplazar esa rueda maestra, pero estamos en condiciones de crear, al lado de ese mecanismo, algunas ruedas que permitan *cierta* circulación de la riqueza, *cierta* actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel de vida del pueblo a *cierta* altura”. Son las palabras que rescatamos de Jorge Gaggero, que amablemente nos cedió una entrevista que describe el compromiso de ambos en momentos como los años setenta (Duzdevich, Raffoul y Beltramini, 2015). En 1973 al romper con la llamada “Tendencia Revolucionaria” del

5 Nos cuenta que las ideas de Eduardo Jorge están emparentadas con las de las llamadas “cátedras nacionales” de la Universidad de Buenos Aires. Eduardo escribió además en los 60 / 70 varios artículos político-económicos bajo el seudónimo de “Gerardo Duejo” en la revista *Cristianismo y Revolución* y fue asesor de Don Julio Broner, dueño de Wobron y alto dirigente también de la antigua CGE durante los años 60 y 70. Como cuenta su compañera en vida, Marta Dujovne, “Eduardo Jorge, estudió Sociología en la UBA, en su juventud colaboró con la editorial Lautaro, de su madre, Sarita Maglione de Jorge, y fue gerente de Códilbro, una distribuidora cooperativa de libros organizada por varias editoriales independientes. Después trabajó también en el Instituto de Investigaciones Económicas de la CGE, antes de ser asesor de Broner”.

peronismo, Eduardo Jorge participa de un cambio en la forma de conducción que Gaggero denomina como “centralismo democrático”. Y cuenta Gaggero que “Nos fuimos con Eduardo Jorge, caminando hacia la 9 de Julio con el sol de frente, en una Buenos Aires vacía (era domingo). Nuestra síntesis compartida fue: ‘Esto se acabó’”. Ambos irán luego a la CGT a fortalecer el polo sindical, sumándose como equipo asesor de la Secretaría que comandaba Adalberto Wimer, de Luz y Fuerza.

Los debates emergentes

Volviendo al libro *Industria y concentración económica*, se trata de un trabajo que tuvo en principio una proyección en periodos: 1900 a 1943/6; 1943/6 a 1955; y 1955 al presente. El último periodo quedó interrumpido por su deceso en 1978. Realiza esta división por los cambios políticos y no por una cuestión neutral y avalorativa del proceso. El aporte suscitaba debates como el que le plantea Juan Llach (1972) con respecto a su texto: “En lo que respecta a la constitución de la alianza grandes hacendados-industriales, y a la hegemonía de los primeros, Jorge (pp. 25 y 27) coincide en parte con Murmis y Portantiero, a quienes cita y comenta elogiosamente al respecto” (pp. 117-118). Además Llach (1972) explica en su texto que

El aporte de Eduardo Jorge a este respecto es interesante, especialmente por el análisis de la progresiva diferenciación interna de la “burguesía industrial” en el periodo anterior a 1930; se trata de un tema poco aclarado hasta el presente y que requiere todavía mayores precisiones. Es cuestionable, en cambio, la afirmación del carácter “transgresor” del desarrollo de industrias “artificiales” con respecto al proyecto económico oficial. Si tenemos en cuenta 1) que tal desarrollo ocurría, obviamente a favor del nivel de protección aduanera en vigencia, 2) que participaban en el mismo los nuevos capitales extranjeros radicados y los conglomerados multinacionales como Bunge y Born, Bemberg y Tornquist y 3) que la gerencia de los anteriores capitales era ejercida, de más en más, por miembros de las familias tradicionales y, en algunos casos, pertenecientes también a la elite política, debemos concluir que dudosamente puede hablarse de “transgresión”; es más congruente con los datos referirse a un proceso de diversificación de la estructura económica, que no desintegra al conjunto favorecido por la incrementada capacidad de intercambio externo de la década del veinte. Si algún conflicto se insinúa a este respecto, es el que enfrenta a los capitales ingleses con los norteamericanos que, con diferentes estrategias, compiten por el mercado argentino; este tema está muy bien explicado en el libro de Eduardo Jorge, capítulos 2 y 3.

Lo que comenta Llach está condensando en este análisis coincide con lo planteado con Jorge Gaggero:

Lo que denominamos el sistema oligárquico de dominación estuvo signado por el predominio de la alianza entre la alta burguesía agraria y el imperialismo británico, de la que participaban también sectores complementarios para su funcionamiento ubicados en las finanzas, el comercio y el transporte.

El dominio oligárquico se quebró al finalizar la Segunda Guerra, dando lugar a una distinta configuración de clases en el dominio del Estado. La nueva alianza que tomó el poder estaba constituida por todas aquellas clases y fracciones de clases marginadas política y económicamente durante el periodo anterior; o sea el proletariado urbano y rural, enormemente acrecentado el primero, el nuevo empresariado mediano y pequeño en la industria y el comercio, vinculado al mercado interno, y la burguesía media rural nucleada generalmente en el movimiento cooperativo.

El denominador común de todas estas clases, que explica la posibilidad de su concurrencia política, estuvo dado por sus intereses centrados en el desarrollo interno, o sea en la Nación. Para poder crecer todos requerían la eliminación del control imperialista y monopolios sobre el comercio de exportación y las finanzas, y la contención de los intereses extranjeros en el mercado interno, tanto a nivel de las importaciones, como a nivel de las inversiones directas de capital.

Un punto de debate que Llach señala está en la discusión sobre el Plan Pinedo de 1940, donde tomando los análisis de Dorfman y Jorge señala que

Según las conocidas cifras aportadas por Dorfman, hacia 1935 el capital extranjero controlaba la mitad del capital total invertido en la industria. Aunque la cifra se eleva considerablemente por la inclusión de las usinas eléctricas, ello está contrapesado por las omisiones que señala el propio Dorfman. Sería ocioso insistir aquí sobre la importancia del capital extranjero invertido en otros sectores claves de la economía, aunque quizás no esté demás recordar que, según los datos de CEPAL, el capital extranjero ascendía para la misma fecha a un 27,2 por ciento del capital total del país.

En su detallado análisis de la concentración industrial en 1935, Eduardo Jorge expone la tesis del elevado peso que tenían las industrias pequeñas y medianas en la estructura industrial (capítulo 5). No obstante, y aunque las cifras que presenta resultan insuficientes para afirmar la existencia de una burguesía industrial de base local (sobre todo pequeña y mediana), su análisis merece algunas objeciones. Ellas son:

- a) el definir como línea de fraccionamiento el tamaño de empresa de 500 obreros; además de parecer una cifra algo elevada para la época, esta elección determina que queden: incluidas en el sector de “pequeñas y medianas empresas” muchos establecimientos de capital extranjero, ya que estos suman, aproximadamente, 170 y las empresas consideradas por Jorge como “medianas a grandes” y “grandes” alcanzan sólo a 93;
- b) la aplicación efectuada del criterio para determinar las subramas de industria en condiciones oligopólicas, criterio que el autor define por la presencia de 4 establecimientos o menos controlando el 50 por ciento o más de la producción, es incorrecta, porque he podido comprobar que deja de lado varias subramas que verifican dicho criterio y muchas otras que, por estar muy cerca de dicho límite, debieron hacerse constar en el análisis para dar un cuadro más realista de la situación (Llach, 1972).

Finalizando el texto, Llach (1972) plantea que

No se trataba entonces –según la hipótesis de Murmis y Portantiero– de concesiones que el Plan Pinedo otorgaba a los “industriales”, pasando estos a integrar la alianza dominante como socios menores de los terratenientes; era, más bien, una confirmación de la hegemonía del capital imperialista que intentaba dar el “gran paso”, sustrayendo a los agrarios parte del comercio de exportación,

coincidente con el predominio de una alianza entre la alta burguesía agraria y el imperialismo británico que tuvieron participación en otros sectores económicos.

El sujeto histórico y reflexiones finales

De este modo la expansión de dichas ramas industriales quedaba basada, al igual que la de la producción primaria, en la demanda externa.

En la década de 1920 estaba sustentado claramente en la alianza del sector ganadero local con Inglaterra, a la que se sumaban los comerciantes de importación de ese origen.

Luego de la Primera Guerra Mundial, la expansión norteamericana en el comercio argentino de importación requería la expansión de sus capitales en el país a fin de consolidar su influencia, y su orientación adquirió una dirección diferente a la que habían tenido los capitales británicos.

Ello se debió a que el capital norteamericano llegó a la Argentina en momentos en que los rubros tradicionales de inversión, o sea ferrocarriles y demás servicios públicos, etc., estaba ya prácticamente copados por los capitales británicos y Europa continental. Por otro lado, la condición de gran productor mundial de materias primas y alimentos de EE.UU., y su política proteccionista, configuraban una relación comercial francamente competitiva y donde las importaciones argentinas de productos norteamericanos no tenían contrapartida compensatoria. Como en Canadá y Australia, sus capitales se orientaron a la industria liviana, fundamentalmente de bienes de consumo durable.

Las radicaciones norteamericanas en estos rubros alcanzaron relevancia y ya en los años veinte estaban presentes en el país subsidiarias directas de varios de los más importantes monopolios industriales de ese país buscando expandir sus operaciones.

De este modo el proyecto económico oficial de limitación de la industrialización a la elaboración de las materias primas del agro fue transgredido (crítica de Llach y la crítica de Milcíades Peña que la industria en la Argentina no fue tal experiencia, una clase empresarial reacia al progreso técnico, su polémica con Germani en un texto de respuesta a la traducción de un texto de Mills se tituló “Reflexiones de la paja seca ante el fuego”) por los capitales nacionales marginales originados en sectores urbanos de clase media como por los monopolios industriales internacionales.

Si no hay dos clases hegemónicas, ¿cómo avanza la historia? Si pensamos en la dialéctica o si no es la burguesía la hegemonía sino una clase de características agrario-exportadora. Es una alianza de clases acentuando la estructura productiva histórica con lazos desarrollados en los centros económicos y financieros. Decimos internacionales porque si bien es indudable que el origen de los mismos fue principalmente norteamericano, la necesidad de simplificar no nos puede hacer olvidar el importante papel que jugaban también los capitales de Europa continental, particularmente alemanes y franceses.

Este conjunto de empresas pequeñas, medianas, y algunas incluso de envergadura, dedicadas a los metales y sus manufacturas, máquinas, textiles, artefactos eléctricos, etc., constituyeron lo que se dio en llamar “industrias artificiales” y su existencia fue combatida a todos los niveles por los voceros del sector agropecuario. En 1923, elevación de aforos aduaneros, gobierno de Alvear y UIA para equilibrar la situación con los monopolios internacionales. Esto fue solo un momento, pero es un anticipo de una política de compromiso a nivel del Estado, que arbitrarían fórmulas que permitieron la incorporación al sistema de nuevos sectores emergentes de la dinámica histórica, con las alteraciones mínimas indispensables a la hegemonía de los intereses ganaderos y británicos.

Este sujeto histórico o sujeto de transformación es el aporte de Jorge para el análisis de nuestra estructura productiva y el rol que tiene la política como instrumento de transformación o sostenimiento del no desarrollo y la no innovación que confirman nuestro lugar en el mercado internacional como proveedores de alimentos, granos y carnes.

La crisis de 1929, el golpe de Estado a Hipólito Yrigoyen y la elección de Agustín P. Justo por parte del contubernio tuvo ante la crisis las siguientes respuestas: Junta Nacional de Granos 1933; Junta nacional de carnes 1933; Junta reguladora de vinos; Corporación de transporte (absorbió a los tranvías y colectivos); y la creación del Banco Central de la República Argentina (1935).

La solución del problema se buscará en la sustitución de las importaciones más prescindibles por producción nacional. O sea, la sustitución de importaciones a partir del desarrollo de las actividades industriales locales que alteran en la menor medida posible la estructura económica existente y las relaciones comerciales con los países con los que la Argentina comerciaba tradicionalmente.

Estas circunstancias determinaron que, a partir del año 1933, en que la clase dirigente tomó decididamente este rumbo, se gestara una alianza entre sectores agrarios e industriales, bajo la hegemonía⁶ política de los primeros.

Así como criadores (CARBAP) e invernaderos, estaban las industrias artificiales y tradicionales. El crecimiento del segundo no visibilizaba la cristalización clara de los intereses contrapuestos. Los sectores marginados de la burguesía industrial no tuvieron durante la década una organización equivalente y permanecieron representados por la UIA.

6 Aclaraciones: cada una de ellas no son bloques homogéneos con una expresión común de intereses, más allá de un acuerdo básico en el mantenimiento de las relaciones capitalistas de producción.

La división de Miguel Miranda en la UIA en 1943 marca un quiebre, en paralelo está el proceso de organización y creación de la CGE. Luis Colombo UIA, vinculado a la industria de alimentación expone un tema debatible, la debilidad de la industria argentina en cuanto clase para sí, tema este que generalmente se presenta rodeado de una serie de equívocos: 1) Que el control de la producción estuvo en manos de los monopolios extranjeros; 2) El origen de las empresas industriales argentinas se encuentra en los capitales agrarios, no hay mayor significancia de otro sector social en la industria.

Ambas interpretaciones son equivocadas porque llegan a la conclusión de que nunca hubo burguesía industrial con intereses independientes del capital imperialista monopolista, que pudiera considerarse una clase para sí. Lo que se cuestiona es la existencia misma de una clase o fracción de clase y no su conciencia de sí.

Nosotros entendemos que la falta de un proyecto definido de industrialización independiente del país durante la década de 1930, y no mera sustitución de importaciones bajo la orientación de la clase dirigente vinculada al agro y las finanzas, no pone en cuestión la existencia de una burguesía industrial en la Argentina como núcleo diferenciado y significativo.

Queda en pie, por lo tanto, el problema de la incapacidad de dicha burguesía industrial independiente para articular un proyecto propio durante la década de 1930, su participación no hegemónica en la alianza de clases que se da a partir de 1943, y su progresiva destrucción como tal a partir de 1955.

Ante la falta de un partido industrialista, podemos inferir que el capital extranjero o monopolio utilizaba el ahorro nacional para su expansión. Delimitaba la acumulación de capital en otros rubros.

Por lo tanto, el sujeto político que sostiene el *statu quo* no es capaz de transformar la estructura productiva excede al Estado y lo incluye. El devenir histórico buscará silenciar el protagonismo de este sujeto que irá cambiando en el transcurso del tiempo, pero manteniendo los mismos intereses económicos.⁷ “Cada revolución que triunfa confirma el determinismo de la historia”, pero cabe preguntarse: cada revolución que no llega a realizarse, cada revolución que fracasa, ¿qué determinismo niega? El problema sería este: el marco “formal”, teórico, de la revolución socialista, que juega para nosotros como un *a priori* –puesto que no surgió de nuestra experiencia sino de una ajena– está ya dado, para todos, en su generalidad.

La no ruptura de la alianza agraria e industrial con el imperialismo británico, ¿qué significó para la Argentina? Los avances en producción e innovación experimentados durante los años posteriores a 1955, ¿tensionaron esa alianza? León Rozitchner (1966) plantea lo siguiente “Entre lo pensando y lo real estamos nosotros, absortos en el pasaje”, algunos quedaron absortos ante el empate hegemónico (Murmis y Portantiero, 1971) en 1945, pero que organizaron un golpe en 1955, proscripción y alineamiento al capital extranjero y a los organismos internacionales no fue suficiente, que tuvieron que

⁷ ¿Cómo definimos al sujeto político? Retomemos un artículo de León Rozitchner “La izquierda sin sujeto”, que abre el debate al sujeto “transformador” en la estructura productiva que organiza y desarrolla los servicios necesarios para dicha transformación.

golpear en 1976 con la denominada revancha clasista (Azpiazu y Schorr, 2010; Schorr, 2021), y el Proceso de Reorganización Nacional –que rememora a los años de la organización nacional de 1853-1880– es el regreso de los intereses agrarios e industriales coincidentes con el imperialismo de turno. Nos plantean un desafío estos aportes que son parte del proceso histórico argentino para romper no solo la condicionalidad del comercio exterior sino de la misma estructura productiva. Estos aportes del autor se verán cristalizados en la etapa en la que escribe en *Cristianismo y Revolución* que derivarán en un libro que se tituló *El capital monopolista y las contradicciones secundarias en la sociedad Argentina*, que profundizaremos en una segunda parte de los aportes de Eduardo Jorge al pensamiento económico nacional, nuestro David Ricardo que analizó la producción, su organización y sus tensiones históricas sin perder de vista los desafíos de la periferia.

Bibliografía

- Azpiazu, D. y Schorr, M. (2010). *Hecho en Argentina. Industria y economía, 1976-2007*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Cantillon, R. (1950 [1755]). *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Duzdevich, A.; Raffoul, N. y Beltramini, R. (2015). *La lealtad. Los Montoneros que se quedaron con Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.
- García Elorio, J. (2015). *Cristianismo y Revolución. Tomo I*. Edición facsimilar. Colección Reediciones y Antologías.
- García Elorio, J. (2015). *Cristianismo y Revolución. Tomo II*. Edición facsimilar. Colección Reediciones y Antologías.
- Gerardo, D. (1973). *El capital monopolista y las contradicciones secundarias en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Jorge, E. (1986). *Industria y concentración económica*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Linera, A. (2010). *Forma valor y forma comunidad. Aproximación teórica-abstracta a los fundamentos civilizatorios que preceden al Ayllu Universal*. Buenos Aires: Prometo Libros y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Llach, J. C. (1972). Dependencia, procesos sociales y control del Estado en la década del treinta. *Desarrollo Económico*, 12(45), 173-183. Recuperado de <https://doi.org/10.2307/3465996>
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1971). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina.
- Ricardo, D. (1959 [1817]). *Principios de Economía Política y Tributación*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Rozitchner, L. (1966). La izquierda sin sujeto. *La Rosa Blindada*, Buenos Aires, 9.

- Sendic, R. (1984). *Reflexiones sobre política económica. Apuntes desde la prisión*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua. (Primera edición: Editorial Tierra del Fuego, México, D.F.).
- Schorr, M. (2021). *El viejo y el nuevo orden económico en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Trías, V. (1969). *Imperialismo y geopolítica en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez.
- Plasencia, M. A. (1995). *Renta Agraria y Acumulación*. Informes de Becarios N° 5. Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo. PIETTE. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- Tarcus, H. (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*. Buenos Aires: Emecé.